

PENSAMIENTO HERRUMBROSO

Las elecciones en el Régimen del Estado de partidos, pese a estar trucadas por el sistema proporcional de listas, no son estériles como las de la dictadura. Producen estabilidad en el sistema de poder aunque desestabilicen, cuando no hay mayorías absolutas, el sistema de gobierno. Además de crear una sólida apariencia de libertad política, sirven para resolver o superar las situaciones particulares de imprudente rivalidad que origina la competencia entre media docena de agrupaciones de la ambición. A medida que el Régimen avanza en la producción de sus dos frutos específicos, el privilegio y la corrupción, se hace más patente la tendencia al duopolio en el control de todos los mercados donde se fraguan los yunques para el martillo del dominio público: administración estatal, comunicación mediática, economía financiera. Las leyes son, en este terreno, menos decisivas que las costumbres. Y se está imponiendo la costumbre de que los partidos, los medios de comunicación y la gran banca busquen en el duopolio la forma más rentable de controlar al consumidor de mercadería política, de información mediatizada y de servicios públicos. Poco importan las leyes de protección de la competencia. Los jueces las aplican conforme a la costumbre. Dos grandes partidos, dos grandes grupos mediáticos, dos grandes grupos financieros.

Aparte de satisfacer o contrariar los sentimientos de simpatía o antipatía partidista, desde el momento en que los sujetos de la acción política son los partidos, y no los ciudadanos, los resultados electorales son indiferentes para los gobernados. Que no notarán el menor cambio en el medio cultural de su vida común por el hecho de que sea un partido u otro el que gobierne. «El sistema de listas electorales hace de la organización política la madre del gobierno de los elegidos sobre los electores» Esta es la gran ley de hierro de la oligarquía que nos domina a todos, y no esa pequeña ley de bronce que imposibilita la democracia en la vida interna de los partidos. Al fin y al cabo, la militancia en un partido es voluntaria. Y a nadie debe importarle, si a ella no le importa, que esté sometida a férrea disciplina de jefatura. La democracia no requiere que los partidos sean organizaciones democráticas. Lo que de verdad importa es que la vida externa de los partidos sea democrática. Lo cual implica, por necesidad, que las organizaciones políticas permanentes no se constituyan, como sucede con el sistema de listas del Estado de partidos, en piedra angular de la gobernación. La oligarquía es inevitable, y la democracia imposible, no porque los partidos sean oligárquicos, sino cuando tienen además el oligopolio de la acción estatal.

Sería asombroso que una cuestión tan clara como ésta no sea vista y dicha por todas las reputaciones, si no fuera porque el mundo editorial, salvo alguna que otra excepción, no publica más que la propa-



ganda de la oligarquía mediática, que es correlativa a la política. Decir la verdad frente a la mentira oficial es una empresa heroica. Los periodistas se quedarían sin empleo y los escritores sin editor. Y lo peor, para la verdad, no es esta cobardía inherente a la falta de independencia económica, sino un sistema de pensamiento partidista que inhibe la independencia mental. «La inteligencia común del sistema ni siquiera sabe que miente». Esto no sucedió en la dictadura, donde la verdad estaba en el secreto de las confidencias íntimas. Aparte de los jóvenes idealistas o los viejos republicanos, entre personas situadas en puestos de privilegio cultural o económico, hay que toparse con inteligencias verdaderamente excepcionales para tener la alegría de oírlos reconocer, en privado, la verdad. La ley de hierro de la oligarquía conserva el poder político en manos de unas pocas organizaciones porque adoba, en la cochambre de ideas dominantes, un sistema opaco de pensamiento herrumbroso.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA MUERTE DE UN ESTOICO

Ha sido dentro de la tragedia que siempre supone el morir, una muerte especialmente trágica y paradójica. Trágica por ser muerte en accidente, cortando una vida a la que aún podían esperar largos años de existencia, y paradójica, porque no deja de revestir tal carácter el hecho de que una persona que nunca tuvo ni proyectaba tener un automóvil perezca arrollada por este tan agradable como mortífero invento de nuestra civilización. Así nos ha sido arrebatado inesperada y absurdamente, el que hasta ahora era profesor y en los últimos tiempos secretario académico del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid. Y bajo estos convencionales títulos encarnaba una personalidad de perfil tan singular como ejemplar.

Los méritos de Antonio Rivera no han sido de aquellos que llevan a lo que hoy malhadamente representa la fama. Una fama que no es, ciertamente, aquella que buscaba Don Quijote, a través de sus hazañas defendiendo los desvalidos, sino la que se reduce al chismorreo o lo fáciles éxitos que registran en un teje maneje de influencias y cabildos las pantallas y los papeles. Tales



méritos se sitúan en una zona más profunda y hoy día, desgraciadamente, bien escasa de representantes, la de los valores éticos y humanos. Por ello, y no sólo por razones de amistad y colaboración durante largos

años, considero necesario exaltar la ejemplaridad insólita de su figura.

Era Antonio Rivera absolutamente ajeno e indiferente a las tentaciones y usos que dominan tanto las formas de vida impuestas a nuestra sociedad, como el mundo académico. Si como Diógenes con la linterna buscáramos un ser inasequible al consumismo sería Antonio Rivera un perfecto ejemplo. Absolutamente austero —ya me he referido al hecho de que nunca pensó en disfrutar el preciado objeto que nos endeuda a tantos españoles, el automóvil— no fumaba, ni bebía, ni derrochaba en ningún lujo que no fueran los libros. Mantenía una forma de vida en armonía con la naturaleza en su alimentación, en sus prácticas deportivas de gimnasia y gran narrador. Pero todo ello no se debía a la propaganda que ha convertido el cuidado natural del cuerpo en una ponderosa industria destinada a los yuppies, como privilegio de seres superiores, sino que en él resultaba absolutamente natural. Y coherente con sus tendencias políticas de izquierda, ecologistas, pacifistas, con inclinación anarquista y solidarias con las reivindicaciones feministas.

Acabo de escribir que Rivera era pacifista, además —cosa que resulta curiosamente más difícil— encarnaba una personalidad pacífica. Nacido en Galicia expresaba la dulzura del carácter gallego dentro de su profunda entereza. Y por ello se mostraba completamente insensible a la mitología competitiva de nuestra civilización y en el orbe académico a la obsesión de «hacer carrera» a codazos con los posibles rivales. Si todos los hispanos fuésemos como Antonio Rivera el caninismo ibérico que con tanta mordacidad denunció Unamuno sería un conjunto vacío de elementos. Y la Universidad se convertiría en un lugar más apacible.

Sintéticamente podríamos decir que nuestro perdido compañero Antonio Rivera, filósofo y también poeta, vivía según el ideal estoico de armonía con la naturaleza y d indiferencia, también como los maestros de dignidad moral que fueron los cínicos, por los convencionales ideales que atezan y hacen infelices a tantos humanos, haciéndoles olvidar las claves de su propia grandeza. A mí la personalidad de Antonio Rivera me hace pensar en la de Conrad. La figura descrita por Tom Wolfe en su aún reciente novela, «Todo un hombre». Conrad que, injustamente sumido en el infierno carcelario y por su carácter extranjero en medio de las miserias humanas, descubre en la lectura casual de Epicteto el ideal de vida natural guiado por la chispa de Zeus que ha depositado en nuestra alma la grandeza más profunda, inquebrantable por las desgracias exteriores. No olvidemos a Antonio Rivera y su ejemplaridad.

Carlos PARÍS

LA HORA DE RATO

Al mismo tiempo que caía en la urna el último voto emitido estas elecciones, sonaba en el reloj de la calle de Génova la hora del relevo. Nadie en el PP conocía los resultados de la votación, pero eso, como bien dice mi espía popular, era lo de menos, pues si acababa una carrera con medalla de oro olímpica, sonaba ya el pistoletazo de salida para la siguiente.

José María Aznar ha prometido que sólo gobernará ocho años, lo que le descarta como candidato a la próxima Legislatura y abre la competición para sustituirle en la cabeza de la lista del PP. Nombres hay, y de mucho peso, para tomar parte en la gran carrera, pero le han dicho a Juan Bravo que ya

hay demasiados datos sobre la mesa como para augurar que el rostro del «tapado» de José María Aznar está bastante destapado. De hecho, ha compartido, cosa insólita, la cartelera electoral en Madrid con el líder del partido, lo que no puede ser ni mucho menos una casualidad, teniendo en cuenta cómo hila de fino, y a qué largo plazo, José María Aznar.

La cosa, hoy por hoy, queda clara, según le dicen a Juan Bravo. Rodrigo Rato, el brillante vicepresidente económico de Aznar, ha empezado a calentar al borde del campo, porque puede salir a correr en cualquier momento.

Juan BRAVO

